

las leyes de Dios; era sacrificarse á un deber de caridad, de conciencia, de honor y de justicia. El la había puesto en aquel trance; pues quien la hizo que la pagara. Esta era jurisprudencia de todos los códigos y de todos los tiempos, y de todos los hombres honrados... ¿Comprometes la vida ajena? Pues responde con la propia. ¿Qué menos? Esto entre vidas de igual valor. Pero ¿qué comparación cabía entre la vida de Nieves y la vida de Leto? ¡La vida de Nieves! Todavía concebía él, á duras penas, que por obra de una enfermedad de las que Dios envía, poco á poco y sin dolores ni sufrimientos, esa vida hubiera llegado á extinguirse en el reposo del lecho, en el abrigo del hogar y entre los consuelos de cuantos la amaban; pero de aquel otro modo, inesperado, súbito, en los abismos del mar, entre horrores y espantos... ¡y por culpa de él, de una imprudencia, de una salvajada de Leto!... Lo dicho: aun después de salvar á Nieves, quedaba su deuda sin pagar: y su deuda era la vida; y esta deuda debió habérsela cobrado el mar en cuanto dejó de hacer falta para poner en

salvo á la de su pobre víctima... Todo esto era duro, amargo, terrible de pensar; pero ¿y lo otro, lo que estaba ya para suceder, lo que casi tocaba con las manos y á veces se las inducía á dar contrario rumbo á su yacht? ¡Cuando éste llegara al puerto, y hubiera que pronunciar la primera palabra, dar la primera noticia, las primeras explicaciones, aunque por de pronto se disfrazara algo la verdad que al cabo llegaría á conocerse?... Don Alejandro, sus servidores y amigos... la villa entera, la misma Nieves, después de meditar serenamente sobre lo ocurrido... cada cual á su manera, ¡todos y todo sobre él!... Merecido, eso sí, ¡muy merecido! Pero ¿dónde estaban el valor y las fuerzas necesarias para resistirlo? Hasta con el mar se luchaba y en ocasiones se vencía; pero contra la justa indignación de un caballero, contra el enojo de sus amigos, contra la mordacidad de los malvados, y contra el aborrecimiento de ella... ¡Oh, contra esto sobre todo!... Aquí no cabía ni hipótesis siquiera. Antes que tal caso llegara, aniquilárale Dios mil veces, ó castigárale con la sed y la ceguera y todas

las desdichas de Job: á todo se allanaba menos á ser objeto de los odios de aquella criatura que le parecía sobrehumana.

Después de subir Leto tan arriba en la escala de lo negro, sucedióle lo que á todos los espíritus exaltados movidos de las mismas aprensiones: que no pudiendo pasar de *lo peor* ni teniendo paciencia para quedarse quietecito donde estaba, comenzó á descender muy poco á poco, para cambiar de postura; y de este modo, quitando una tajadita á este supuesto, y un pellizquito al otro, y dando media vuelta al caso de más allá, fué encontrando la carga más llevadera y el cuadro general á una luz menos desconsoladora.

Para mayor alivio de su pesadumbre, al abocar al puerto se halló de pronto con la carita de Nieves asomada al quarterón de la puerta de la cámara, mirándole muy risueña, con una rosetita arrebolada en cada mejilla y cierta veladura de fatiga en los ojos... El alma toda se le esponjó en el cuerpo al aprensivo mozo. Aquellos celajes tan diáfanos, tan puros, no eran signos de la tempestad que él temía...

— Ya está usted obedecido — le dijo — en todo y por todo. ¡Si viera usted qué bien me encuentro ahora! Siento hasta calor, y he cobrado fuerzas... Pero huelo á ron que apes-to... Lo peor es que no puedo manejarme á mi gusto, porque estoy lo mismo que un bebé: en envolturas. Además, el capuchón por encima.

Leto bajó un poco la cabeza y apretó los párpados y las mandíbulas, como si tratara de arrojar de su cerebro alguna imagen demasiado tentadora que, contra su voluntad, se empeñara en grabarse allí.



— Bien sabía yo — dijo por su parte y sólo por decir algo — que el remedio era infalible; sobre todo, aplicado á tiempo... Y aunque yo me privara del gusto de verla ahí tan repuesta, ¿no estaría usted mejor descansando sobre el almohadón que no se ha mojado?

— Ya lo he hecho durante un ratito, — contestó Nieves; — pero me he levantado para preguntarle á usted una cosa que ha empezado á inquietarme bastante... Como yo hasta ahora no he tenido el juicio para nada... En primer lugar, ¿por dónde vamos ya?

— Entrando en el puerto.

— Y cuando lleguemos al muelle, ¿cómo salgo yo de aquí, Leto? Porque no he de salir en mantillas. ¿Ha pensado usted en esto también?

— También he pensado en eso, — respondió Leto devorando el amargor que le producía el recuerdo de aquel caso, que era la primera estación del Calvario que él había venido imaginándose. — En cuanto lleguemos al muelle, irá Cornias volando á Pelechés en busca de la ropa que usted nece-

site... Se dirá, para no alarmar, que se ha mojado usted, no lo que ha sucedido...

— Me parece muy bien, y en algo como ello había pensado yo para salir del primer apuro. Después Dios dirá... ¿no es así, Leto?

— Así mismo, — respondió éste algo mustio otra vez.

— Pues yo creo — dijo Nieves notándolo — que hacemos mal en apurarnos por lo menos, después de haber salido triunfantes de lo más... Dios que me oyó entonces, no ha de ser sordo ahora conmigo... para una pequeñez; porque después de lo pasado, todo me parece pequeño ya, Leto... ¡muy pequeño!... hasta el enojo y las repreciones de papá... ¡Virgen María! Me veo aquí sana y salva y hablando con usted, vivo y sano también, y me parece mentira... ¡Qué horrible fué, Leto, qué espantoso! ¡En aquella inmensa soledad!... ¡qué abismo tan verde, tan hondo... tan amargo!...

Amargos y muy amargos le parecieron también á Leto aquellos recuerdos que él quería borrar de su memoria, y por ello

pidió á Nieves, hasta por caridad, que hablara de cosas más risueñas.

— ¡Si no puedo! — le respondió Nieves con una ingenuidad y un brío tan suyos, que no admitían réplica. — Estoy llena, henchida de esos recuerdos, como es natural que esté, Leto... porque no ocurren esas cosas todos los días, ¡ni quiera Dios que vuelvan á ocurrirle á nadie! Me mortifican mucho calladitos allá dentro, y me alivio comunicándolos con usted... ¡Y usted quiere que me calle!... Pues caridad por caridad, Leto: también yo soy hija de Dios... ¿Le parezco egoísta? ¿Le importuno? ¿Le canso? ¿Va usted á enfadarse conmigo?

¿Habría zalamera semejante? ¡Enfadarse Leto por tan poca cosa, cuando sería capaz...! Pidiérale ella que bebiera hieles para quitarla una pesadumbre, y hieles bebería él tan contento, y rescoldo desleído. No se atrevió á decírselo tan claro; pero como lo sentía, algo la dijo que sonaba á ello y le valió el regalo de una mirada que valía otra zambullida. En seguida dijo Nieves, volviendo á pintársele en los ojos la expresión del espanto:

— Todo lo recuerdo, Leto, como si me estuviera pasando ahora: qué tontamente desprendí las manos del respaldo para llevármelas á la cara, cuando sentí el chorro de agua en ella; la rapidez con que caí en seguida, y la impresión horrorosa que sentí al conocer que había caído en la mar; lo que pensé entonces y lo que recé; el desconsuelo espantoso de no tener á qué asirme ni dónde pisar... ¡Ay, Leto! si tarda usted dos segundos más, ya no me encuentra... Me hundía, me hundía retorciéndome desesperada... ¡qué horror! Cuando me vi agarrada y suspendida por usted, me pareció que resucitaba... Después empezaron los peligros de ahogarnos los dos por mi falta de serenidad para seguir los consejos que me daba usted... Empeñada en asirme á usted, como si estuviera usted á pie firme sobre una roca... Pero ¿quién puede estar serena entre aquellos horrores, Virgen María! Después ya fué otra cosa; á fuerza de suplicarme usted y hasta de reñirme, ya logré colocarme mejor y dejarle más libre y desembarazado... A todo esto, alejándose el yacht, y usted explicándome por qué lo

hacía... después todas sus palabras para darme alientos, hasta que el barco volviera por nosotros... ¡si volvía, Leto, si volvía á tiempo!; porque á pesar de sus palabras, demasiado conocía yo lo que pasaba por usted: las fuerzas humanas no son de hierro; y aquella espantosa situación no daba larga espera... Recuerdo la alegría de usted cuando vió el yacht encarado á nosotros; sus temores de que á Cornias no se le ocurrieran ciertas precauciones, y el barco, por demasiada velocidad, pasara á nuestro lado sin poder recogerlos; y su entusiasmo cuando vimos caer las velas una á una, quedarse el barco desnudo, y al valiente Cornias de pie, con la caña en la mano y conduciéndole hacia nosotros hasta ponerle á nuestro lado dócil y manso, y creo que hasta risueño... No parecía barco, sino un perro fiel que iba en busca de su señor. ¡No he de recordarlo, Leto? ¡Pues es para olvidado en toda mi vida por larga que ella sea?... Como lo que usted dijo en cuanto llegó á nosotros el yacht, y el pobre Cornias, pálido como la muerte, se arrojó sobre el carel con los

brazos extendidos... ¿Se acuerda usted, Leto?

Leto, con la frente apoyada en su mano izquierda y el codo sobre la rodilla, no respondió á Nieves una palabra. Estaba aturcido, fascinado, quizá por los recuerdos que evocaba el relato; quizá por el acento conmovedor y la expresión irresistible de los ojos de la relatora.

La cual, después de contemplarle con cariñosa avidez unos momentos, añadió:

—Pues yo sí: «¡A ella, Cornias; á ella sola!» Mal andaba yo de fuerzas entonces; ¡muy mal!, no podía andar peor; pero me hubiera atrevido á jurar que estaba usted gastando las últimas en ponerme en manos de Cornias... ¡Ay, Leto! Yo creía que en determinadas ocasiones de la vida, estaban excusados los hombres de ser galantes con las damas; pero, por lo visto, la regla tiene excepciones; y una de ellas me ha tocado á mí hoy, por dicha mía... ¡Y quiere usted que eche de la memoria todos estos recuerdos, ó que los conserve y me calle!... Y á todo esto,—añadió, observando la emoción hondísima del original muchacho, (que

tenía que ver entonces, desgredado, en cuerpo y mangas de camisa, aun no bien seca, y los pantalones más que húmedos todavía), — ¿dónde está Cornias?... Yo quisiera verle.

Como el yacht continuaba navegando en popa y no había que tocar la maniobra, Cornias iba á proa sentado al borde del tejadillo del tambucho, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza algo caída, pálido el color, y los ojos completamente en blanco; porque todo su mirar era entonces hacia adentro, donde le hervían las imágenes terribles de los recientes sucesos en que le había alcanzado tan importante papel.

Acudió á la llamada enérgica de Leto, el cual le dijo:

— La señorita desea hablarte: baja.

Y bajó al fondo del pozo. Allí levantó la cabeza, y enderezó lo más que pudo la mirada al ventanillo de la puerta; y tal efecto le produjo la expresión dulce y melancólica de la carita de Nieves, incrustada en el hueco, y el cariñoso interés con que le miraba á él, al ínfimo Cornias, que comenzó á

inflar los carrillos y amagar sollozos; con lo cual Nieves se enterneció también algo, y ninguno de los dos articuló palabra.

Observado por Leto y queriendo dar fin á la escena que tan dificultosamente empezaba, con el pretexto de que andaba el yacht en las proximidades del muelle, pidió permiso á Nieves para enviar á Cornias á su sitio; y la dijo en conclusión:

— De *eso* ya hablarán ustedes otra vez.

Fuése Cornias y preguntó Nieves á Leto:

— ¿Tan cerca estamos ya?

— En cinco minutos llegamos...

— ¡Ay, Dios mío! — exclamó Nieves, palideciendo algo, — ¡qué hormiguillo me entra ahora!... ¿Será miedo?

— Hay para tenerle, — contestó el otro tiritando en su interior.

— Pues ánimo, — repuso ella con la voz algo insegura, — y pensemos en lo más para no temer lo menos. Antes se lo dije también. Y ahora me vuelvo á mi escondrijo, hasta que pueda salir de él vestida de persona mayor... ¡Ah!... se me olvidaba, — añadió después de haber retirado un poco la carita del ventanillo: — he visto

en el armario unas flores iguales á las que yo llevaba en el pecho esta mañana, si no son las mismas...

— Lo son, — respondió Leto hecho una grana, como si le hubieran achacado el robo de un panecillo.

— Pues ¿cómo están allí? — preguntó Nieves gozándose en el bochorno de Leto.

— Porque se le estaban cayendo á usted del pecho cuando la tendimos desmayada sobre el banco... y le dije yo á Cornias, después de recogerlas con mucho cuidado, que las guardara... por si usted preguntaba por ellas.

— Muchas gracias, Leto, aunque ya no me sirven. Puede usted tirarlas, si le parece.

— ¡Eso no! — contestó Leto sin pararse en barras, acordándose del lance del Miradorio. — Bien están donde están, puesto que usted no las quiere.

— Y ¿no estarían mejor — preguntóle Nieves, con una sonrisilla que hablaba sola, — en otra parte... por ejemplo, con cierto clavel rojo, en el mismo libro, como apunte de dos fechas importantes?... En fin, al gusto de usted... y hasta luego.

Y corrió la tablilla de cuarterón.

— ¡Lo propio que yo estaba pensando! — exclamó Leto para sí. — Dos fechas: el principio y el fin; porque esto es ya el acabóse... ¡Cornias! — gritó de pronto. — ¡Arría!

Arrió Cornias el aparejo que le sobraba al balandro; y así continuó éste deslizándose hasta atracarse á los maderos del muelle, con la misma precisión que si llevara medidas á compás las fuerzas y la distancia.

